

Por [Clara Veitía](#)

1

Jinete de mis pesares
suelto riendas al destino,
indiferente al camino,
ando sediento de azares.

Mas, de qué valen andares
si aunque mi sed impaciente
procura nuevo torrente,
siempre cabalgo a tu orilla,
y vuelvo a hincar la rodilla
por beber de tu corriente.

2

Tal vez quiero decir algo
pero me niego al papel;
deambulo bajo mi piel,
llego hasta el alma y me salgo.
Juzgo, estimo, aprecio, valgo
en toda su esplendidez
un amor que es embriaguez
y es simulado sosiego
escondido bajo el fuego
de una música. Tal vez.

3

La guardarraya que un día
fue testigo de tu adiós,
es la misma en que los dos
correteamos la alegría.
Y aunque vino la agonía,
secuencia de albas y ocasos,
aun me aferro a los acasos
y apremio el alma a que vaya
y avise a la guardarraya
la inminencia de tus pasos.

4

Sobre un corcel de promesas
cabalgó la incertidumbre
hasta doblegar la cumbre

de mis dudas inconfesas.
Atónita de sorpresas
cedió la sombra arrollada...
¡Cuánto todo, cuánta nada
puso color al exceso
cuando el galope de un beso
desconcertó la alborada!

5

De colorido plumaje:
así los sueños se visten;
pero los sueños no existen
más allá de su ropaje.
Acaso son el celaje
que disimula el desvelo,
un bocado de consuelo
cuando la verdad no alcanza,
el balancín de esperanza
donde se mece un anhelo.

6

Cerca del puente que adoro,
del arroyuelo a su vera,
allí, bajo la palmera,
pienso en nosotros, y lloro.
De ese dolor que atesoro,
bien conoce la corriente,
pues solo es el confidente
de mi afán y mi desvelo
ese jirón de riachuelo,
a la derecha del puente.

7

Tu amor es un ciervo esquivo
que en la escarpada ladera
de mi remota quimera
fijó su cubil altivo.
Es pasión de monte vivo,
es enloquecido río
que agasaja, a su albedrío,
mi recóndita pendiente;
amor de ciervo impaciente,
indómito, pero mío.